

¡MUJER DIVINA!

por JOSÉ NATIVIDAD ROSALES / febrero de 1963

Acuartelado en su rinconcito jarocho, el vate se repone de sus excesos. Charla después de una noche de insomnio bajo el asedio del "norte". Se confiesa como exquisito, cínico pecador. "Soy un pobre hueso pegado a la carne de la vida". Las cenizas del placer, "Soy ridículamente cursi".

Derrotado por la estética de los "niños bonitos" estilo James Dean.

Tan femenina María Félix como Pancha Godínez... pero la feminidad, ¡ah! Añoranzas por el piano-bar, los amores que se delezaron como arena entre los dedos de las manos



uestro máximo compositor está en vías de recuperación, después de haber sufrido un nuevo, serio y grave embate de las enfermedades. Flaco como un hilo de oro, bajó, con pie casi seguro, la escalera de su casa blanca, de aquel refugio quieto que parece un transatlántico parado en una curva del boulevard Ávila Camacho, en el fraccionamiento Costa Verde. Todo, allí, es marítimo: los verdes agua del techo, el suave azul de las paredes, los muebles de caoba y bejuco que dejan pasar el aire. El mar se deja ver y se hace oír. Aquella mañana estaba furioso y gris. El Norte lo azotaba y lo echaba de cabeza contra las escolleras. "Toda la noche el viento fue de fantasmas —dice Agustín—, barría los techos y hacía danzar hojas y arena. Su aullido venía de Oriente, del rumbo de Cuba, y a veces era lamento, otras carcajadas y después grito triunfal". En un momento dado de la conversación, Agustín pidió a su doncella que abriese un poco la puerta del jardín: le faltaba un poco de aire. Pero éste se metió de rondón e inflándole los pantalones, temí que se lo llevase volando. —Ya me ves —comienza diciendo al iniciar el relato de su agonía—, convalezco espléndidamente. Cuando,

al revisar mi corazón, el doctor me dijo que me bajase corriendo a Veracruz y que no me moviese ni para ir al baño, pensé que iría a morir de tristeza. —Soy un pobre hueso pegado a la carne de la vida. Pero era mi dolor tan orgulloso que nunca demandó, de nadie, compasión alguna. Prefiero, te lo juro, causar asco que lástima.

—Estoy mal, sí. Hasta muy mal. Pero no tanto. Tengo 62 años pero todavía me siento joven. He vivido intensamente y ésta es una razón para querer vivir todavía durante mucho tiempo. Claro está que esos 62 abríles han sido como 200 años. He vivido por muchos timoratos, por muchos inconscientes, por miles y miles de miedosos de vivir. Tienen razón quienes piensan que soy un desenfadado, que no me importa el qué dirán, que no pongo reparos en lo que hago. He vivido en cuatro dimensiones y he agregado una nueva: la del cinismo. Violé todo lo violable en las leyes y en las mujeres, en las costumbres y en las tradiciones. Además de mi obra musical dejó al mundo nuevas palabras y, quizá, un estilo de vida. Creo en el perdón divino y creo más en él, en cuanto que le daré mayor ocasión de que me perdone las grandes cosas que en el mundo he hecho. He sido un gran, pero exquisito pecador.

—Soy viejo y feo. Pero por nada del mundo cambiaría mi actual condición, pues pienso, muy gravemente, que lo mejor de este mundo es estar conformes con su situación. Mentiría si dijera que no me gustaría ser joven de nuevo. Pero no me restiro la cara porque me quedaría en los huesos, que es lo más restrirado de mí ser. ¡Qué no diera por tener nuevamente juventud pero, eso sí, mezclada a mi actual experiencia! Ser experto, sagaz, sensato y sereno y ser, al mismo tiempo, brioso, audaz e iluso, son virtudes que podrían conjuntarse en una sola fórmula: la felicidad lograda. Pero, en el fondo, soy más Werther que Dorian Grey. Tengo la conciencia plena de que todos los placeres traen consigo un amargo sabor a ceniza. Ninguna cosa que nos guste puede prolongarse demasiado y la mayor pena del mundo consiste en que, cuando el cuerpo ya no responde, la mente, como un clavo ardiendo, prosiga con la misma hambre. Ningún placer de esta tierra tiene vida suficiente para llegar a la saciedad y será por eso que, buscándola, uno se queda en la saciedad. —Pienso que mucho del éxito de mi vida se debe a la divina capacidad de la sorpresa con que amanezco cada mañana. Por ella encuentro frescura y belleza en todas las flores, como si todos los días nacieran

especialmente para mí. Por ella encuentro rosadas las auroras, cuando, midiendo por grises cuadras la ciudad de México, espío al último lucero tras de catedral, para ver el arrancar de Febo en su faetón de oro. Por ella encuentro cada sonrisa femenina diferente y por eso cada mujer me sigue seduciendo como si fueran los tiempos de *Imposible* y de *María Bonita*. He procurado alejar de mi cuadra, en Polanco, el fantasma del "spleen" que por allí habita y lo mismo me sigue maravillando el incendio del día, cuando los espacios se llenan de luz y de avionetas, que la gracia de cabeza inclinada de una azucena; el patear inquieto de un bebé que es conducido en su cochecito de niño, que la tersa superficie de azabache del piano, o el primer trago de un buen cognac.

—Soy ridículamente cursi y me encanta serlo. Porque la mía es una sinceridad que otros rehuyen... ridículamente. Cualquiera que es romántico tiene un fino sentido de lo cursi y no desecharlo es un posición de inteligencia. A las mujeres les gusta que así sea y no por ellas voy a preferir a los hombres. Pero ser así es, también, una parte de la personalidad artística y no voy a renunciar a ella para ser, como tantos, un hombre duro, un payaso de máscaras hechas, de impasibilidades estudiadas. Vibro con todo lo que es tenso y si mi emoción no la puedo traducir más que en el barroco lenguaje de lo cursi, de ello no me avergüenzo, lo repito, porque soy bien intencionado.

—Sí, mi amigo. Muy en serio pienso que lo único atrayente en mí, para las mujeres, es mi fealdad. Alguien me dijo, alguna vez, que no, que lo que ellas buscan en mí no es la persona, sino aquello de trampolín hacia la fama o la fortuna que mi nombre les supone. Pero igual fenómeno sucedía cuando era pobre y anónimo.

—¿Por qué han de quererme las mujeres bellas? Porque quieren y pueden. Por puro contraste, además. Un rostro como el mío hace desviar el rostro hacia mi acompañante. Un novio o esposo bello —y rico y famoso, además— robaría demasiado la atención y anularía la hermosura de ellas. Pero no es mi caso.

—Me siento feo. Pero no me preocupa porque, por ello, Dios pudo disponer de más tiempo para embellecerme el alma. Es mi cuerpo algo que yo no elaboré, pero reclamo la completa paternidad de mi espíritu. Pero puedo decir bien satisfecho: ¡Tengan en mí los feos su mejor reivindicación! En estos tiempos de "niñobonitismo" a lo James Dean, es consolador —¿no lo creen?— saber que los horribles tenemos tanto gancho que de una bolsa de estambre que se nos dé, devolveremos un suéter.

—Pero, maestro. Muy de acuerdo en lo que dice, mas me parece que, de las tres clásicas efes —feo, fuerte y formal— usted sólo dispone de dos.

—Y ¿qué? No olvide, mi amigo, que amor se escribe con h de honradez, de hombría y de hondura. A falta de la deleznable fuerza física, tan en boga en nuestro tiempo, dispongo, creo, de otras fortalezas. Pero, si no fuerte, feo y formal bien que lo soy.

—El amor no es ciego como la fortuna, pero, o cierra los ojos en los instantes supremos o, pudorosa e



hipócritamente, exige las oscuridades para encender sus ardores. Pero le ruego tenga muy en cuenta que son dos los aspectos de la fealdad masculina: el canon clásico y el punto de vista femenino. Cuando alguien ama ¡hermosea al amado y así sea un "furcio" será capaz de quererle apasionadamente! Conforme a las reglas de la estética griega no soy ningún Apolo redivivo, mas conforme al punto de vista femenino "tengo un poco de talento", confesión con la cual ellas disimulan elegantemente mi horriblura, desistiendo humildemente de su inteligencia. Mas el amor es un elemento tan maravilloso que pone, en los ojos de quien ama, toda suerte de lentes de excelencias para que enfoque a su amado. —¿Y todas sus canciones están dedicadas a las mujeres bonitas?

—No. De ninguna manera. Corre por el mundo un sentimiento equivocado en ese sentido. Yo canto a la mujer en general y muy pocas veces lo he hecho en particular. Canto a algo impreciso que es lo femenino, algo que es simple, sin ser necesariamente bello. Mi intención ha sido, siempre, cantar a todas las mujeres por todo lo que son. Pero desdeño la ofensa para dirigirme a ellas. El reclamo, la reserva, el reproche, son las expresiones más duras de mi

lenguaje como compositor. Pero nunca se verá que Agustín Lara manche con vulgaridad lo que siempre cantó con finura. Es bien cierto que, en cuestiones de belleza, hay graduaciones. María Félix podría ser el máximo exponente de una superior hermosura. Pancha Gódinez, la portera de mi edificio, el otro extremo. Pero ambas son mujeres y es uno el rango para las dos. Se puede ser más o menos bella, pero niego que se pueda ser más o menos mujer. En último caso la femineidad sería la que determinase la diferencia.

—Nuestras canciones mexicanas suelen ser tristes. Más que al ser amado, quien canta se está pensando a sí mismo... "Estoy triste... soy un borracho... un desgraciado... hay otros más hombres que yo y tú te vas con ellos... tequila... tequila... más borrachera... ¡Señor presidente! ¿es un delito el querer?... Preso me encuentro tras de la reja... ¡Se me reventó el barzón!..."

—¿Lo notas? Estudiando este fenómeno me he dado cuenta que la factura de dichas canciones corresponde, en realidad, a un etapa pobre y triste de México, la de 1920-1930 cuando, acabada la Revolución, todavía ésta no comenzaba a dar sus frutos. La llamada época romántica, la de la primera

quincena del siglo, tuvo otro lenguaje, que en ocasiones llegó a lo exquisito. A veces, cantando aquellas canciones, me regodeo en sus letras porque me parecen hechas por García Lorca. ¡Qué suntuosidad y delicadeza en las imágenes! ¡Qué finura y estilo! La mujer, entonces, más que un ser de carne y hueso, era un ideal: ángel, náyade, hurí, diosa, musa y flor. Diez años después sería madre, confidente, novia en que se depositarían todas las penas y esposa, paño de lágrimas. Yo pensé en bajarla a la tierra y repetidamente la llamé mujer, para hacerle sentir que cantaba un hombre. Ocasionalmente volví a las imágenes pero mi invocación constante es una fórmula que conjuga lo concreto de su vida en la tierra y su idealización: ¡Mujer!... ¡Mujer divina!

—Mis canciones no pueden ser filosóficas porque la filosofía es la búsqueda entre el ser esencial y el existencial. Yo me dirijo, concretamente, a un instante del ser, el del amor. Tú dices que amar es ser y no ser, ya que el amante entrega voluntariamente al ser amado todo lo que es, con la esperanza de fundir, en uno, lo que son dos, y que ese anhelo no se realiza nunca ya que al venir el hijo, producto de esa unión, él mismo arriba a la vida con iguales ansias y angustias. El hombre, que ayer no era, mañana no será. Pero el amor —te digo yo— instantáneamente le da ser. Para ese tipo de ser escribo yo mis canciones. ¿No es clásico suponer que,

después que un amante canta una canción, la amada le concede un beso? La música, como el calor, como lo muelle, como lo tenue, como lo dulce, como lo bueno, predispone al amor. Yo me quedé "patidifuso", cuando supe que uno de mis amigos había obtenido esposa por haberle escrito un soneto. Ella lo encontró tan hermoso que trasladó esa hermosura a su futuro marido. Catorce versos fueron catorce pequeños motores que generaron amor. Yo he repetido ese milagro con algunas de mis canciones. No con todas, no señor. Son más de 650 y ¿te figuras el rey Ibn Saud que yo sería con tal número de esposas?

—En muchas ocasiones se ha escrito que yo he compuesto mis cantares para los prostíbulos. La asociación de ideas fue fácil y proviene, sobre todo, del saber que, en alguna ocasión y para ganarme la vida, compuse, toqué el piano y canté, acompañado por él y por la cercana presencia de muchas "damas de la noche", en algún sitio de éstos. Tal idea se difundió más, ya te lo dije, cuando hice el Hipólito, el viejo músico, ciego y flaco, ahorcado por bufandas y por miseria, el personaje de Gamboa en su novela *Santa*, que fuera llevada al cine. Eran los tiempos en que las señoritas cantaban "El bacio" o "Chiribiribí". De pie, se apoyaban en un ángulo del piano o simplemente le tocaban la cola, temerosas de que se corriese el infaltable mantón de manila y cayese al

suelo el florero con flores de papel.

—La radio y mis canciones obligaron a las señoritas a sentarse. Las crudas luces de la lámpara central de las salas antiguas, se convirtieron en suaves y cómplices sombras, en una esquina. El viejo piano familiar recibió, sobre los dientes, la tira bordada que resguarda sus marfiles, fue cerrado y la llave fue botada en la caja de todos los trastos inútiles. Mi piano, multiplicado por las ondas hertzianas, arruinó a muchos vendedores de pianos.

—Pero no por oírme las casas perdieron su santidad. Y a quienes me echan tan fea culpa les diría que después también se quiso hacer de los hogares una cantina y hoy, a base de rock y twist, una cafetería americana. Ya sabes que la envidia del mexicano siempre tiene una prolongación sexual. A mucha gente de talento se le tiene por poco varonil pero, como en mi caso no se pudo decir tal cosa, ¡son mis canciones las que ruedan en los peores —¿o los mejores?— sitios de la tierra!

—Cuando tocaba en el "piano-bar" de un centro nocturno, noté, de muy cerca —tanto que podía percibir el aliento— la influencia de mi voz en las mujeres. "Se transfigura", me decía una de ellas. ¿Puedes imaginar eso? Transfigurarme es pasar de una figura a otra. Y ¿no crees que por lograr tal cosa podría pasarme la vida cantando?

—Ser famoso es estar en continua molestia. La gente quiere saberlo todo de ti, no para imitar la fórmula de tu progreso sino para hacer una lista de tus debilidades. La gente nunca quiere encontrarte perfecto sino que se regodea en cada imperfección que encuentra exagerándola hasta el infinito. Pero tener gloria es, también, contar con la simpatía popular, una que no se detiene a cincuenta centímetros de ti, sino que quisiera penetrar en el propio cuerpo, una que desgarrar la camisa, desbotona a los ídolos, rasguña a sus elegidos y que, en mi caso, me ha arrancado tiras de pellejo. Es una lástima —y muy grande— que la fama moderna sea la que trae aparejadas la fortuna y hasta el amor. La gloria de hoy es mucho más gloriosa que la de hace un siglo. Aquella se transportaba a lomo de mula y tardaba mucho tiempo en expandirse a un solo territorio. Hoy vuela por los aires y un hombre desconocido ayer puede llenar, en minutos, todo el continente. Pero aun con todo lo que proporciona, yo repetiría el juicio de Verlaine sobre la fama, musa coquetuella que tarda mucho tiempo en dejarse conquistar para convertirse, después, en exigente y molesta amante que pide todo el tiempo para sí, aun aquel que sus elegidos destinan para sus intimidades.

—No es cierto que nadie se resigna a morir. Pero hay uno menos resignado que el rico: el amante. El amor es un instrumento que nos permite dominar lo mejor de la humanidad: las mujeres. Realmente no existe la especie humana —la que se refiere al hombre— sino la especie "fumana" que proviene de y termina en la mujer. El hombre es un accidente entre dos mujeres: su madre y su esposa. La mujer es el juguete más valioso de la especie que busca, a través de todos sus hijos, al hombre bueno. Por eso la especie tiene su mejor trampa en la mujer bella. La bondad mediata tiene como trampa a la belleza inmediata. La humanidad, a través de toda su historia, ha producido más tipos hermosos que seres buenos. El día en que se atienda más a la belleza interior que a la apariencia externa, ese día la especie habrá logrado su primer objetivo y comenzará, inmediatamente, la santificación de los hombres, es decir, los trabajos para llevarlos a un grado mayor de perfección.

—Los ricos y los amantes han inventado la inmortalidad del alma. Unos porque en una vida corta no alcanzaron a tener todo lo que querían o porque no tuvieron tiempo para convertir su poder económico en poder político. Ford se murió queriendo ser





EL EMBRUJO de una lírica apasionada halló su mejor eco en mujeres, como éstas, fascinadas muchachas de los cincuenta. Y en el escenario, el músico se hace acompañar -entre otros- por la robustez musical de Pedro Vargas y María Conesa. Era el año de 1948

presidente de los Estados Unidos pero también Casanova falleció con el dolor de no haber amado a todas las mujeres del mundo. La inmortalidad del alma es la invención de gentes insatisfechas.

-Pero sufre más quien se acerca al fin ya sin poder amar que ya sin poder tener. Los pobres ricos no saben que "la cosa" más apetecida del mundo es la mujer. Todo palacio está incompleto si no tiene a una princesa. Para ello es todo lo tierno, lo fino, lo que brilla, lo sabroso, lo bueno y lo hermoso. Los ricos que no saben emplear sus riquezas, acaban por amarse a sí mismos, en lugar de hacerlo con las mujeres, y terminan convertidos en cerdos para alcancía, gordos, fofos, aparentemente rellenos de pollo y faisanes. Los ricos generosos, aquellos que se entregan en lo que son y en lo que valen, solemos ser flacos. Toda gordura es símbolo de impotencia y toda flaqueza garantía de vibración.

-Feo nací, feo crecí y feo he de morir. Si feo he conseguido fama, fortuna y amor... ¿para qué diantres

quiero la belleza? La más firme garantía de Agustín Lara es la de que Dios no es Max Factor.

-Y díganos, maestro, ¿no hay en su concepto de la belleza "graduaciones" o consideraciones cronológicas de "antes", "ahora" y "después" por las cuales una mujer, sobre todo ellas que son el recipiente constante de la belleza, sea para usted, primero por el deseo, muy bella, por la posesión menos bella y fea con el abandono o el olvido?

-¡Toma! Pues no. No, señor. Cuando se llega a querer bien, cuando se hace del amor un poema, satisfecho el deseo por la carne, queda, después, lo esencial. Todas mis mujeres idas son en la alacena de mis recuerdos no copas vacías, sino frascos de perfume que, al quitar el finísimo tapón de cristal cortado, exhalan todavía un aroma que, comenzando y terminando por a, es exquisitamente femenino. Mire por ejemplo. Cuando recientemente me encontré en Los Angeles con María, después de tantos y tan largos años de una especial ausencia -nos

fuiamos sin irnos el uno del otro-, al verla, al pronunciar su diminutivo -¡Maruca!- la boca, como entonces, se me llenó de cascabeles, aunque, muy explicablemente, me tragara la U por la emoción. Pero María, como nadie, me ha dejado la sombra de un rencor. Muchas llegaron a mi vida como niños persiguiendo un globo rojo, pomposo y cautivador y, cuando ya lo tuvieron en sus manos, se fueron dejándome el cordón. Yo las veo llegar, muevo la cabeza y admito, siempre, el pequeño papel de Pigmalión que el destino me señala ante tantas Galateas. De unas pulo la grosura, de otras las aristas. Todas me dejan algo. Unas la sensación de sus caricias, como si yo fuese un mercader oriental que tuviese el privilegio de poder sentir en sus pobres manos kilómetros y kilómetros de sedas. Sus ojos, junto a mis ojos, me permiten verles con hondura puesto que el continente de su superficie, su epidermis, no es para verse, sino para tocarse. Y nunca en ninguna he encontrado fealdad. Toda mujer es bella por algún lado, aun aquella, pobrecita, que lava el piso de mi estudio y que, al verme entrar, levanta el rostro, quitándolo de la contemplación de su cubeta y suelta un "Ése mi maistro. ¿Cómo está mi Flaco?", que me devuelve instantáneamente la confianza en la sinceridad, la creencia en la limpieza. Si la separación es violenta, apasionada, el abandono es dulce y sereno y a veces justiciero. No. Ninguna de mis mujeres me ha dejado la estola deshilachada de un rencor. Todas me dieron explosiones -como de pétalos- de su juventud. Todas fueron tiernas y comprensivas, maternales y fraternas. Porque una mujer que sabe amar en un punto, lo es todo: madre, amiga, amante, hermana, confidente, musa, dulce enemiga, reloj y cuna, pero nunca, nunca tumba.

Y así, Agustín se fue a su "piano barra". Chabela Durán -quien retorna con el convencimiento de la madurez artística- recibía las intemperancias de un ebrio en forma de claveles. La gente pedía *Noche de ronda* y *Concha nácar*, llamando a Agustín por su nombre. Y en la oscuridad azulenta, el brillante de su meñique saltaba de los bemoles a los sostenidos con la fugitiva escapatória de un pájaro que, como el corazón de Lara -una de sus últimas canciones-, "no encontrarse nido". Todo era simple, sencillo y diáfano.

Se decía nacido en 1900 en Tlacotalpan, Ver; aunque al parecer vio la luz en México D.F. en el año de 1897. Estudió piano desde niño y, en 1915, ingresó al Colegio Militar. Hacia 1920 comenzó a tocar en cantinas, cafés, y centros nocturnos. En 1931 comenzó a transmitir su programa La hora azul en la estación XEW. Sus primeras composiciones fueron popularizadas por Taña la Negra y Ana María Fernández, papel que luego desempeñaría Pedro Vargas. Fue autor de unas 700 melodías (baladas, boleros, tangos y pasodobles), entre los que destacan: *Imposible, Farolito, María Bonita, Mujer, Madrid, Grandia, Aventurera, Lamento jarocho, Arráncame la vida, Palmera*. Actuó en 30 películas y ofreció conciertos en las principales capitales del urbe. Murió en 1970, cuando ya era popular su mote de "el flaco de oro".



VEHEMENCIA
y dicha inicua
de ejercer la
vagancia, dotes
inequívocos
de este poeta
en prosa
oloroso a tinta
y licores. En su
estudio-casa de
las calles de Artes
(1961), y veinte
años después
conferenciando
ante estudiantes
universitarios



hemos pedido a Renato que nos relate algunos episodios de su desbalagada vida. He aquí, igual que retazos hilarantes, los trozos de su voz más efusivos.

Habla, pues, Renato:

—A mí, desde muy joven, me ha encantado viajar. En efecto, a partir del día que me convertí en telegrafista, quise vivir seis meses en la capital y los otros restantes fuera de ella, razón por la que, después de mi paso por la Escuela de Leyes, decidí ir a la isla de Cozumel, no obstante que hace medio siglo aquel era un sitio casi inhóspito rodeado de selva impenetrable...

—Este viaje a Cozumel me salió por lo siguiente...

—Yo tenía un amigo llamado Abelardo Rodríguez, nativo de Chiapas, quien a su vez era amigo de don

Eduardo Vasconcelos, que fuera subsecretario de Hacienda... Entonces, como don Eduardo un día le dio a Abelardo el nombramiento de delegado —algo así como presidente municipal— de Cozumel, resulta que mi amigo me ofreció un puesto en la estación inalámbrica pues por aquellos días, como digo, aquel territorio estaba cubierto por selva, no había líneas terrestres, sino que a través de esa estación la isla se comunicaba con Mérida y de esta ciudad se establecía el contacto con el resto de la República Mexicana.

—Y cuando Abelardo Rodríguez me hizo la invitación, no dudé en aceptar con tal de pasarme una temporada alejado de la ciudad de México.

—Pero como en la estación inalámbrica no había ningún puesto vacante para mí, resulta que mientras conseguía ahí trabajo —lo cual era factible porque a

cada rato los compañeros telegrafistas salían huyendo de aquel infierno— me ocupaba en ser una especie de secretario de Abelardo Rodríguez... Y una vez, cuando ya tenía en Cozumel como quince días, le pregunté a mi amigo:

—Oye, ¿qué no hay putas en esta pinche aldea?

—Pues no, mano, me contestó, pero no te preocupes que ya pronto vamos a resolver ese problema...

Mira, aquí en la zona hay putas que visitan a los que viven solos y para ello andan en barquitos por todo el Mar Caribe... Ahora bien, no tardan en venir para acá pues ya me mandaron pedir permiso de ejercer, así es que cuando lleguen, las voy a aprehender para que seamos nosotros los que les echemos el primer palo...

—Bueno, pues como a la semana de aquel diálogo, un día se presentó en la bodega un tipo con aspecto

EL ÚLTIMO BOHEMIO

por JOSÉ RAMÓN GARMABELLA / marzo de 1982

de inglés, delgado, alto y con modales distinguidos, quien afable me preguntó si yo era el delegado... Como Abelardo estaba tumbado en su hamaca con una briaga de la chingada, le dije al tipo aquel:

—No, mire usted, yo no soy el delegado sino el secretario... El delegado es aquí mi amigo que está enfermo y con mucha fiebre...

—Ese visitante era el subdelegado del Cedral, que era un pueblo muy bonito de marinos que vivían en casas de bambú y nos venía a invitar a la fiesta anual de la Santa Cruz o de la Cruz Chan, como ellos la llamaban: esa fiesta, me contaba el hombre, se debía a que había una leyenda que rezaba que un día en que los soldados luchaban contra los mayas, una vez éstos cayeron sobre la guarnición e hicieron una matazón de la chingada, habiéndose salvado sólo dos soldados quienes nadando llegaron hasta el Cedral donde levantaron una capillita precisamente el día 3 de mayo...

EMPAPADO EN EL CARIBE

—Bien, al día siguiente me embarqué en un velerito junto con el subdelegado no sin antes dejarle un recado a Abelardo... Como en el Cedral no había muelle, al llegar a sus costas tuvimos que echarnos al agua, lo cual ocasionó que llegara todo remojado al pueblo en donde había mucha música, barbacoa, aguardiente y, además, como las muchachitas me creían el delegado de Cozumel, de manera es que me atendían a cuerpo de rey y hasta se peleaban con tal de bailar conmigo.

—Pero cuando estaba más entretenido y la fiesta se hallaba en pleno apogeo, de pronto escuché unos balazos y una voz aguardentosa que me llamaba desesperadamente:

—¡Renato!, ¡Renato! ¿Dónde chingaos estás metido?...

—Era Abelardo Rodríguez, quien traía un pedo monumental.

—Después que lo presenté a todos y se empujó unos farolazos, me dijo delante de aquella gente:

—Vine a buscarte porque hoy llegan las putas...

—Total, que a toda prisa regresamos a Cozumel en la lancha aduanera, y cuando llegamos a la bodega ansiosos y le preguntamos al árabe por las putas, le dijo a Abelardo:

—Pues mi delegado, mucho me temo decirle que ya se los chingarón a ustedes... Cuando se presentaron las putas, estaban aquí junto con el juez del Registro Civil un telegrafista y un vista de la aduana que se casaron con ellas...

—Por lo demás, las mujeres son como los toros y constituye un arte saber tratarlas: hay que verles sus defectos y sus cualidades para sacarles partido y poder hacerles la faena...

—Las mujeres, opino, deben ser como un buen toro de lidia, esto es, ni muy *reservadas* que apenas embistan al engaño, pero tampoco muy *pregonadas* que embistan al bulto. Es decir, ni muy inteligentes pero tampoco muy pendejas.

—Y, al igual que los bureles, hay mujeres dignas de una faena de orejas y rabo, y otras que sólo se les puede hacer labor de aliño y deshacerse de ellas



mediante un *bajonazo*... Como por ejemplo las intelectualoides, que son más complicadas que la chingada.

—Ahora que si es un arte saber tratar a las mujeres, no lo es menos el abordarlas con probabilidades de éxito...

—Y, en este sentido, viene a mi memoria la figura de Iñigo Noriega:

—Este hombre era miembro de una aristocrática familia del Porfiriato, pero no obstante, era un auténtico tipazo... Cuando yo lo conocí trabajaba en el Consulado de México en París, y como era un tragón de la chingada, en su departamento parisino organizaba unas verdaderas comelitonas a las que él les llamaba *panzadas*, y que invariablemente terminaban con todas las botellas puestas en el suelo para que nadie que estuviera briago tuviera que levantarse para seguir tomando...

—Pero hablando de mujeres, me acuerdo que una tarde estábamos en un café de Montparnasse Iñigo, un tipo que trabajaba en la Legación y que se las daba de muy conquistador, y yo... Entonces, al ver pasar un *cuero*, el tipo aquel se levantó y quién sabe qué chingaos le dijo a la vieja que por poco y lo cachetea...

—Al ver regresar a ese tipo con la cola entre las patas, Iñigo le dijo:

—No, mano, no seas pendejo... Cuando quieras que una mujer te acompañe a tu cuarto o, por lo menos, a tomar una copa, nunca le hables de amor ni le

Un viajecito al infierno de Cozumel. La aventura de Cedral. Y llegaron las muchachas... pero también un juez del Registro Civil. Hacer la faena, a los toros y a las mujeres. La complicación de las intelectualoides. Las momias egipcias y la técnica de Iñigo. Cadenas de oficinistas. El combate inútil a los Contemporáneos. El Renato apócrifo. Las pachangas en el salón Valle del Mezquital. "He vivido como se me ha dado la gana"

digas que está muy buena porque la escamas... Para eso sigue mi táctica...

—Después de acomodarse en su silla y apurar el resto de su coñac, prosiguió:

—Mira, yo comienzo por presentarme como arqueólogo y dueño de una agencia de inhumaciones en México y les hablo de momias egipcias... Después, cuando la tipa está interesada en el tema, la invito a tomar un trago y le explico que en mi departamento en París tengo una colección de nueve momias, una de las cuales se presume que fue la sobrinita favorita de Cleopatra... Luego, le empujo otro trago y la invito a que vaya a mi departamento a conocer las momias, cosa que casi todas aceptan porque se trata de algo insólito... Y así, al llegar a mi departamento, me pego al timbre y al cabo de un rato de tocarlo, le digo a la vieja: "Carajo, no se puede con esta cabrona servidumbre... De seguro que salió el mayordomo..."

—Esto nos hizo soltar la carcajada porque sabíamos que Noriega vivía completamente solo... Pero después de pedir otro coñac, continuó su relato:

—Total, que abro la puerta y la invito a pasar para después cerrar con llave... Hago que se siente en la cama, y con el pretexto de que voy a buscar las momias, me meto al baño donde me hago pendejo un rato... Luego, a los dos o tres minutos, salgo con aire de encabronamiento y le comento a la vieja: "¡Coño, qué país de mierda es éste!... ¡Fíjate que me robaron las momias!..."

LOS ÚLTIMOS años fueron de escepticismo y memoria de colegas. En 1983, aún se reunía para ser homenajeado en el Club de Periodistas



Vivir con el titulito de no trabajar... pero es falso. Y además: malpagado. Los oficios del bachiller Gálvez y Fuentes. El Renato apócrifo de Aguascalientes. ¡Deme un abrazo!... de ultratumba. Evitar, entre la juventud, la influencia de *Los Contemporáneos*. "Me han matado varias veces".

—Íñigo Noriega nos veía ufano. Y siguió diciéndonos:

—Finalmente, me acerco a la tipa y con un leve empujón la acuesto en la cama y comienzo a cachondearla... Hay, claro, quien amenaza con gritar y no tengo otra más que abrir la puerta y dejarla salir antes de que llame a la policía o, cuando menos, a la portera... Pero, en cambio, no falta la que le dé risa mi estratagema y abra las piernas sin mayor resistencia...

—Por último, viendo al cabrón que trabajaba en la Legación, le dije:

—Así es que ya lo sabes, mano... Para la próxima, cuenta la historia de las momias egipcias o, cuando menos, invéntate otra similar para que no hagas el ridículo...

—Desde que tengo uso de razón, siempre ha habido

en México un *último bohemio*...

—Por esto, no es extraño que a mí me hayan achacado eso de ser el *último bohemio de México*...

—Sin embargo, como una de las características primordiales de todos aquellos a quienes les han adjudicado ese pinche titulito ha sido la de no trabajar, y por mi parte toda mi vida he trabajado en cosas muy pesadas y por regla general mal pagadas, de manera es que bajo ningún concepto acepto ese calificativo de *bohemio*...

—En efecto, casi desde niño trabajé en la Compañía de Luz cargando una escalera muy pesada; luego, como telegrafista, el trabajo era muy duro y sobre todo los días de guardia, donde uno se chingaba toda la noche sin pegar pestaña; después, en la Secretaría de Hacienda, aunque tenía un horario fijo, era el peor trabajo que he realizado porque siempre he odiado la burocracia y el estar encadenado a una pinche oficinita; y, finalmente, como periodista, desde hace muchos años he estado sujeto a la disciplina que supone entregar el trabajo a tiempo para que salga publicado con oportunidad...

—Entonces, como se ve, mi vida ha sido siempre de intensa labor y no ha tenido nada de bohemia.

—Pero mientras estuve viviendo en Europa, en México creció mi fama de poeta gracias a que el Bachiller Álvaro Gálvez y Fuentes gustaba de hacerle propaganda a mis poesías en su programa de radio; incluso, cuando regresé a México, Gálvez y Fuentes me propuso que hiciéramos juntos un periodiquito donde atacaríamos a *Los Contemporáneos* y le dije:

—No, Bachiller, a esa gente no la vamos a regenerar así publiquemos cien mil periódicos... Si quieren ser putos, dejémoslos que lo sean... Lo único que debe hacer es que, como hombre inteligente que es, haga en sus programas una campaña entre los muchachos para que no se dejen influir por ellos...

—Y fue gracias a la publicidad que tuvo a bien

hacerme el Bachiller, como conocí a un auténtico bohemio que, además, tenía la desfachatez de hacerse pasar por mí:

—Resulta que a raíz de aquellos programas de radio, mucha gente había oído de mí pero no me conocía personalmente, y ya en México, fui a la feria de Aguascalientes donde me dijo un amigo:

—¿Ya regresaste tan pronto?...

—No, si acabo de llegar...

—Pues entonces —dijo mi amigo— ponte listo porque aquí vino un tipo haciéndose pasar por ti y hasta le dieron un agasajo...

—Parece ser que aquello le gustó a ese cabrón, pues una vez que yo iba a entrar a una cantina del centro, un tipo me atajó en la entrada:

—Oye —me suplicó—, no entres a esta cantina porque me quitas el cartel, pues aquí soy Renato Leduc...

—Y, por complacerlo, me di la media vuelta.

—Sin embargo, la cosa llegó a tanto, que ya no podía parar en las cantinas del centro, hasta que una vez le dije a Sergio Híjar, que así se llamaba este individuo cuyo trabajo consistía en ser "gato de angora" de un licenciado que era tan briagadales como él:

—Mira —le dije—, no vayas a firmar vales por mí porque el día que me cobren una cuenta en una cantina, te prometo que cada vez que vaya a un hotel con una puta, me voy a registrar como Sergio Híjar y señora...

—Aunque Pepe Alvarado haya escrito que yo en las mañanas invento una leyenda para dejarla morir al anochecer, la verdad es que eso no es cierto, sino que las leyendas me las han adjudicado... Como por ejemplo, las veces que me han "matado":

—Una vez, iba un lunes a entregar mi colaboración a *Excelsior* cuando en el elevador me encontré a don Rodrigo del Llano, quien al verme abrió los brazos y me dijo:

—Renato, ¡deme un abrazo!...

—Aquello me extrañó sobremanera, pues el que fuera director del *Periódico de la Vida Nacional* no era muy efusivo que digamos... Y por eso le respondí: —Oiga usted, don Rodrigo, si ni es día de mi santo ni tampoco estamos a fin de año, ¿a qué se debe tanta efusividad?...

—Es que —me contestó— ayer se dijo aquí que a la salida de los toros le había dado un infarto y que pasó a mejor vida...

—Pues aquí me tiene, y no pasaré a *mejor vida* hasta que usted no me aumente el pinche sueldo...

—Con respecto a la habitación-oficinita que yo tenía en la calle de las Artes —que es de donde proviene el cuento ese de que soy un bohemio—, diré que estaba situada precisamente en la esquina de Artes y Rosas Moreno, justamente frente a la cantina La Fortuna.

—Esa casona —la cual todavía existe—, originalmente fue un palacete construido por el general González, abuelo del actual propietario del periódico *Ovaciones*; después, fue sede de la Legación Rusa y por eso en la puerta de entrada al inmueble había las letras L.R., que según mis amigos eran mis iniciales al revés... Y cuando estalló la Revolución Rusa, la Legación de la Rusia zarista desapareció y la casa pasó a ser el Liceo Fournier, por lo que un hermano de mi buen amigo el doctor Raúl Fournier me decía cada vez que nos veíamos:

—Oye, Renato, no seas tan malo, invítame a tu casa para recordar mi niñez...

—Cuando llegué a habitarla, la dueña de la casa era una señora ya mayor que se apellidaba Gavito y era de Puebla. Como la casa era de renta congelada, la señora me cobraba cien pesos mensuales por arrendarme cuatro piezas enormes, dos de las cuales las utilizaba para recibir a comisiones de

obreros y campesinos que acudían a informarme de algún problema, y las otras dos me servían como comedor y recámara y para dizque acomodar mis libros, revistas y periódicos y otras cosas que yo tenía...

—Mis vecinos eran una parienta de Arias Bernal que vivía con sus hijos —uno de los cuales se recibió de médico según ya se pudo leer—, y una señora Iturbe, la que era una aristócrata venida a menos... Y con esta señora trabajaba como criadita una niña a quien, con el cuento de que era su madrina, no le daba un centavo.

LA COMPAÑÍA DE PETE... EL PERO

—Luego, como yo tenía un perro que le compré en Mixcoac a Leonora Carrington, que se llamaba Pete y que se quedó conmigo cuando nos divorciamos y el animal era muy limpio, le pedía a aquella muchacha que, a cambio de unos pesos, estuviera pendiente del perro y todas las mañanas lo sacara a mear...

—Por lo demás, en aquella casa se hacían fiestas muy bonitas donde iban telegrafistas, licenciados, colegas del periodismo y toreros como Rodolfo Gaona o el Brujo Zepeda... Asimismo, iba también El Seco, que sólo a mí me preparaba unas carnitas verdaderamente fabulosas y nunca faltaban la barbacoa y el pulque de calidad...

—A aquellas pachangas también iban amigas mías como, por ejemplo, mi comadre Pizarro, que a todos nos hacía reír con sus puntadas... Y luego hacíamos concursos, como una vez que nombramos a la *Reina del Chile* (pero de comer), que era una muchacha que hacía unos chiles serranos rellenos de atún en verdad extraordinarios...

—Es por esto que unos cabrones llamaban a mi casa "Salón Valle del Mezquital" y otros "Salón gris"

—Ahora, hablando de mi vida, no estoy descontento con ella pues he vivido como se me ha dado la gana y si bien lo único que no he tenido es dinero, tampoco me ha hecho falta... Además, le di la vuelta al mundo, viví en París como cualquier parisino y, aunque nunca tuve un ideal determinado, participé en la Revolución Mexicana, lo que me dio cierto prestigio entre mis amigos porque yo sí efectivamente la viví y por ello puedo hablar de ella con autoridad o, cuando menos, con conocimiento de causa.

—Por otra parte, nunca hice nada que no me gustara, y si no fui abogado fue porque no me dio la gana de refundirme en una pinche oficina; del mismo modo, le he tenido asco a la burocracia y mi mayor fracaso en la vida hubiera sido ser el *Leduquito* de cualquier oficina pública...

—He vivido, pues, muchas vidas y nunca he hecho algo que no me gusta hacer... Para mí, el momento más afortunado de mi vida fue cuando me preguntaron si quería irme a trabajar a París... Y así como ese ha sido mi momento más feliz, nunca he tenido instantes amargos, merced a que desde joven tuve amigos que me metieron la idea de que si uno no quiere sufrir desencantos o desilusiones, no debe tomar nada en serio.

—He tenido mujeres bonitas, amigos sinceros, he comido y bebido bien, he viajado y vivido en un país donde me ha gustado vivir... Si no acumulé riqueza es porque nunca lo deseé, pues pienso como Ernest Hemingway: el dinero sirve para comer, vivir decorosamente y poderse trasladar a donde a uno se le dé la gana...

—Y eso es suficiente.

BIBLIOTECA DEL PERIODISTA



En 1897 nació en la ciudad de México el que sería famosísimo columnista de periódicos y poeta del amor sin rosas. Fue telegrafista de las tropas de Pancho Villa y tras la lucha armada continuó en el oficio hasta 1930. Vivió en París de 1935 a 1942, donde se destacó por su vida bohemia. Regresó casado con Leonora Carrington, matrimonio pactado para separar a la pintora de su conflictiva familia. Fue colaborador de casi todos los periódicos capitalinos, donde publicó sus columnas "Tics", "En cinco minutos", "Banqueta", "Semana inglesa", "Semana escocesa", entre otras. Autor de una veintena de poemarios, entre sus libros se destacan: *Algunos poemas deliberadamente románticos...*, *Prometeo sifilítico*, *Unos poemillas plebeyos*, *Historia de lo inmediato*. Murió en 1986.